



El odio nuestro de cada día

Gilmer Mesa

escritor y docente, gidumese@gmail.com

“Basta con que un hombre odie a otro para que el odio vaya corriendo hasta la humanidad entera”.

Jean Paul Sartre

Eran las once y diez de la mañana. Estaba en la sala de mi casa haciendo mi rutina de ejercicios como casi todos los días cuando me sobresaltó el bullicio, *cójanlo, cójanlo*, gritaban en tropel afuera en la calle. La algarabía me requirió en la acera desde donde vi a todos mis vecinos dirigir sus miradas y, algunos, sus cuerpos en dirección a la esquina en que se arremolinaba un rintero de gente en torno a una persona. Desde donde me encontraba no pude distinguirle ningún rasgo particular; si era hombre, mujer, joven, blanco, mulato, lo que sí estaba claro era la adrenalina, el afán, la rabia y el odio que palpitaba en la multitud que rodeaba a ese ser vencido, convirtiéndose en ferocidad pura, en devastación y ruina, como si fueran un solo cuerpo de destrucción, un monstruo multicéfalo aullante. De la masa furibunda se levantó la voz de una de sus fauces que dictaminó una sentencia con claridad meridiana: *¡Este pirobo si es bien marica, venirse a robar a un barrio de bandidos, vamos a matar a este hijueputa!* Y con esa frase todo me fue claro. El pobre hombre era un ladrón al que le habían salido mal las cosas, desconocedor de las dinámicas de un barrio de bandidos, en donde los únicos que pueden ejercer sus fechorías con cierta libertad e impunidad y con la anuencia de todo el mundo son ellos, considerando la aparición de cualquier advenedizo como la peor de las afrentas. Se había dejado coger luego de sonsacarle el bolso a una estudiante mientras esperaba el bus.

No pude mirar lo que seguía, que además me sabía de memoria, tuve que evitarlo porque su sola insinuación me revolvió las tripas y me devolvió a la adolescencia, cuando viví en la cuadra quizás más erizada y proclive a la violencia del

barrio, donde me tocó presenciar muchos homicidios de personas, en una época en que el absurdo reinaba y volvimos pasatiempo el terror. Pero de todos estos, recuerdo con espanto, por lo atroz de su desarrollo, el linchamiento y posterior asesinato de tres ladrones, la sevicia desplegada por sus atacantes y el bullicio que atrae la vecindad de la muerte; muchachos en la flor de la juventud que por cualquier motivo decidieron jugarse la vida a la suerte y perdieron, incursionaron a la brava y con hostilidad en un territorio que superaba, por mucho, en violencia a sus más atroces pesadillas, en donde la gente aprendió a quererse en medio del agravio, en donde el cazador mata al lobo para comerse a Caperucita, en donde el odio es la manera más socorrida de comunicación.

Recuerdo sus gritos pidiendo clemencia, su actitud tortuosa y rendida, el susto asomado en sus pupilas dilatadas que contemplaban la muerte en el filo de las navajas hundidas a destajo en sus carnes domadas, en los puños agrestes de decenas de golpeadores, en las bocas que vomitaban carcajadas e improperios como un carnaval demencial de rencor masificado. Todas las muertes fueron horribles, pero una en especial me arrancó la inocencia de un tajo y recurre a mis sueños febriles en noches que no acaban y que detesto: una tarde de agosto un muchacho de unos dieciocho años fue sorprendido por los bandidos de la esquina, que compartían idéntica edad, figura y profesión, robándole un reloj a una señora de la cuadra. Lo encañonaron y luego de quitarle lo hurtado y devolvérselo a su dueña, lo desvistieron y golpearon a gusto como una jauría de gatos altaneros con un desprevenido ratón. Esa práctica era moneda corriente en esos tiempos



sombríos en donde la virtud era un fantasma, la bondad una palabra del rosario y la ética una materia aburrida del obstinado pénsium de los colegios públicos que tanto el ladrón como los agresores habían abandonado hacía mucho tiempo, por lo que la conclusión de la misma era conocida y prevista por todos. Pero en esta ocasión, no sé si por el calor, por el desocupe o por la pernicia del malvado que entre más avanza en oficio más retrocede en humanidad, no contentos con masacrarlo a golpes y puñaladas decidieron rematar la sanguinaria verbena con dos actos de crueldad hiperbólica y sinestésica, cimeros hasta para sus encumbrados estándares bárbaros, cuando el cuerpo de ese pobre muchacho era tan solo un amasijo de exiguo palpar, uno de los pillos con la llanta delantera de su moto le repasó el cuello una y otra vez, de ida y de venida, mientras los otros celebraban la ocurrencia con gritos de victoria, apenas detuvo su gimnasia asesina motorizada se arrimaron al cuerpo que, contumaz como pocos, se empecinaba en respirar y mientras dos de ellos le daban patadas, vi con el asombro que no conocían mis ojos acostumbrados a contemplar horrores, que de una casa vecina salía un pillo al que apodaban “el gusano”, con una pica de cavar zanjas en la mano y sin mediar palabra se la clavó con todas sus fuerzas en mitad de los ojos a la cabeza expirante en donde permaneció fijada, no pude evitar que se me escapara un gemido tímido y gélido con que acompañé el último respiro del ingenuo ladronzuelo, marcando a fuego en mi memoria la escena más brutal que tuve la mala suerte de presenciar, la misma que reviví con el estrépito y la trifulca del nuevo ladrón apresado por los nuevos pillos y viejos vecinos de mi viejo barrio.

Aprovechando la invitación que me hace esta revista para escribir un artículo sobre el odio, pienso de nuevo en algunas preguntas que esas escenas me han suscitado durante más años de los que quisiera y que reviven hoy con este nuevo acontecimiento: ¿De dónde sacamos tanta crueldad? ¿Cuándo nos nació adentro una violencia tan brutal? Metafóricamente podría decir que no nos cocinaron bien como sociedad y por eso nuestros impulsos, desarrollos y sentimientos quedaron crudos, pero me temo que hay una respuesta más retórica y prosaica: la violencia es la representación fáctica de un sentimiento que parece predominar en nuestro *ethos*: el odio, pero no uno puntual y con características fijas, sino otro más grande, más atroz y abarcante, el odio genérico a todo y todos, el odio colectivo y anónimo que

parece agrandarse con el paso de los años, porque la diferencia esencial entre la escena que viví en los noventa y la de hoy es que aquella la protagonizaron bandidos y delincuentes, gente que ocupa y se ocupa de los márgenes de la sociedad, lo que no deja de impresionar porque tanto el muerto como sus asesinos compartían casi todo: rasgos, edades y sobre todo oficios, pero en un algoritmo siniestro se enrevesaron en un mal día y unos fungieron como justicieros mientras que a otro le tocó el papel de malhechor, en el afán siniestro de encontrar culpables entre iguales y arrogarnos el derecho de hacer justicia por nuestra cuenta, treta magnífica que ha usado el poder desde siempre para hacernos resentir entre nosotros, entre semejantes rebajados, para desviar la atención de los verdaderos culpables de este desbarajuste general que son los mismos de siempre, los que desde el origen de los tiempos mantienen agarrado ese mismo y encumbrado poder. Muy práctico ha resultado hacernos odiadores culpables de nuestra bajeza para que no se nos vaya a ocurrir inquirir y mucho menos inculpar sus alturas, pero ese tema excede la capacidad de este escrito.

Volviendo a la diferencia esencial con aquesta es que a quienes vi hoy agredir al raponero no eran solo bandidos, sino gente de a pie, el obrero que iba camino al trabajo, la mujer que caminaba a la tienda, el vecino sonriente de enfrente de mi casa, todas personas supuestamente “buenas” o que la sociedad cataloga como tales, que vieron a un ofensor anónimo y se sintieron con la capacidad, anonimada por la masa, de cobrarse en su ofensa las ofensas a que son sometidos diariamente por una sociedad hostil y precaria que los maltrata atajándoles las posibilidades y negándoles las oportunidades al igual que a ese desconocido ladrón que hoy convertía su impotencia, frustración, mala alimentación, peor educación y resentimiento social en agravio. Lo que más me estremece es que todos sienten que es su deber hacerlo y que están haciendo bien golpeando a un muchacho que solo se separa de ellos transitoriamente, lo único que lo aleja de la turba furibunda es un renglón de mala suerte, porque el obrero que le dio una patada, mañana podría recibir una más dura y dañina de su jefe que lo bota sin empuje de su trabajo y lo deja a la vera presto al delito, y la ama de casa que lo injuria recibe un trato idéntico de su marido cuando llega borracho a acabar con ella y sus hijos dejándole pintado en la cara un moretón y en el alma las ganas rotundas de acabar con él; sin hablar de los pillos que

mañana realizarán atracos, matanzas y otros crímenes de similar o peor laya, sin embargo hoy se agigantan moralmente a través del odio que conservan intacto en las entrañas para dejarlo salir al mínimo estímulo, porque no se requiere un impulso mayor para que emerja, está solfícito, afanado por salir.

Escenas como estas son apenas su representación factual más visceral, pero el odio anida en nosotros de múltiples formas, camuflado en halagos, escondido en sonrisas, disimulado en arengas, agazapado en discursos y, sobre todo, colectivizado anónimamente. Yo vengo de una época en que las atalayas desde donde se preconizaba el odio no eran las virales y populistas de hoy, sino que se circunscribían a pequeños espacios: los muros incógnitos de la ciudad, los baños públicos, las sillas de los buses y los corrillos de amigos que compartían repugnancias y aversiones, el odio se mantenía en la esfera privada, atado receloso a su propio misticismo en su mundo interior, carcomiendo hacia adentro como las polillas, horadando túneles secretos como los topos, incluso los discursos masivos eran tales por la concurrencia que acudía el día del pregón, pero no alcanzaban las dimensiones delirantes de expansión que tienen ahora con los canales virtuales de comunicación, en donde se ha hecho público e implícitamente propagado como admisible y hasta bien visto.

Lugares de enunciación del odio como las redes sociales muestran cierta normalización del mismo en el discurso, promoción con una acogida tremenda de esa retórica inflamada por parte de la masa anónima que simpatiza desde las sombras con esas posturas odiadoras, que hacen legible la perorata sañera a todas horas, puesto que llega a domicilio y constantemente a nuestros computadores o móviles, como si precisáramos un recordatorio sempiterno de hacia dónde y a quién debe estar dirigida nuestra inquina. El odio compartible como se distribuye un video o un chiste, entablando cierta banalización del sentimiento que lo hace aceptable y en algunos casos hasta presumible, pero sobre todo redituable, nunca antes como ahora se ha sacado tanto provecho de ese sentimiento, exponiendo sin recato la antipatía se crean fortunas porque nada agrupa más que el odio compartido y porque es fácil expandir ese sentimiento por y entre desconocidos, nunca el afecto ha suscitado una unión duradera de un grupo significativo de personas ni su monetización, mientras que su antónimo se explaya en

simpatías conjuntas y rendimientos. Se me ocurre que el amor necesita un proceso arduo de conocimiento del otro, para amar a alguien se necesita conocer a esa persona en su intimidad, ser “afectado” por ese alguien; para odiar, no, basta des-conocerlo para hacerlo objetivo de mi odio, cada minuto se crean miles de grupos de gente con una antipatía común, se llaman *haters*, una comunidad de odiadores corrosivos que, sospecho, son los mismos para diferentes objetivos, porque no es su inclinación lo que los motiva sino el odio camuflado en ese pretexto agresivo total del “odiador” de profesión de hoy, tan a tono con el ambiente en que nace y se ramifica, puesto que es el sentimiento que impera en la calle, en la fila del bus, entre los conductores, al interior de las casas, en los colegios, en lo que comemos, vestimos y escuchamos.

Solo por poner un ejemplo, está la música transitoria y simplista que suena por doquier, hoy como en todas las épocas la música que se hace y se consume es producto del entorno impuesto y representa un sentir popular, por eso no es raro que lo que demanda la audiencia y por ende monetiza a granel sean las canciones ya no de despecho hondo como las del tango y la salsa y ni siquiera las de la malquerencia machacona y dolorida de los corridos y músicas cantineras, sino las esqueléticas tonadas rasas y superficiales del odio llano y procaz. No es de extrañar que una afamada cantante que vivió un desamor, en cuestión de meses compuso una canción en donde le echaba la culpa del desencuentro a la monotonía en su relación y no pasó nada, no sumó seguidores, ni vistas, ni réditos, pero en cuanto sacó una nueva canción en la que apelaba al odio más burdo, descalificando a la nueva compañera sentimental de su antiguo amor y refregándole en la cara sus bajezas, en cuestión de minutos batiera todos los récords posibles de sintonía y vistas y agrandara ostensiblemente su fortuna. La monetización del odio en todo su esplendor, pues nada agrada más a la masa constipada de emoción que la sangre en la arena, que los leones destazando cristianos, el escándalo como promoción, cuando esto se mantiene en la esfera farandulera no pasa de ser un signo de la trivialidad de nuestro tiempo, pero cuando se eleva a los niveles del discurso político, lo que ocurre con una alarmante frecuencia, el tema se vuelve espinoso, preocupante y urgente. La falta de ideas en los debates, la simplificación retórica y la imposición de eslóganes manipuladores son el grueso de la oratoria política de hoy, no nos olvidemos del célebre “hacerlos



Daniel Alvarez Ospina @carlosdaniel.jpg

votar emputados”, transformando el discurso en un efecto político que singulariza una diversidad de odios, agrupándolos a partir del objetivo de su ofensa, que por lo regular se traduce en las mal llamadas “fobias” e “ismos”, términos que significan; el primero: temor fuerte e irracional de algo que representa poco o ningún peligro real, y el segundo: terminación formal de sustantivos que suelen significar “doctrina”, “sistema”, “escuela” o “movimiento”, lo que no corresponde en ningún caso con el sentimiento que enarbolan los partidarios de la homofobia, la aporofobia, la transfobia, la islamofobia, la xenofobia, el racismo, el machismo, el arribismo y demás odiadores que pululan en el ciberespacio, que hacen de la segregación y la rabia un afecto unificador, pese al oxímoron rampante de dicha afirmación, con la ventaja del anonimato del sector electrónico logran colectivizar el mensaje sin asumir responsabilidades, transformándose en un monstruo multiforme y multibucal, vociferante de rabias y desafectos que más que replicar una convicción personal son el *summum* de la conciencia colectiva reprimida y constreñida de una parte de la sociedad, la parte agazapada y dañina que encuentra en este mensaje la fuerza necesaria para seguir convalidando su sentimiento como legítimo, pero sobre todo como necesario. Por eso los advertimos sonriendo en silencio mientras contemplan el mensaje en su móvil y mirando a su alrededor seguros de que en esa sonrisa suya está contenida su superioridad moral y social y que por gente como él o ella y quien escribió el mensaje el mundo es un mejor lugar. Como decía George Harrison: “Mientras odies, siempre existirán personas a las que odiar”, porque esos que hoy comulgan con un odio singularizado a un grupo específico, mañana encontrarán otro propósito al cual coser su bandera, pues en el fondo no importa el objetivo, sino odiar, porque el odio es un sentimiento fácil que no requiere ningún proceso mental complejo, ni revisión alguna, es impulso en pureza, energía desatada, dejarse llevar, contrario al amor que es sinuoso y demandante y ya sabemos que uno de nuestros mayores rasgos como sociedad es el gusto por la facilidad, por el camino expedito y sin baches, de ahí que preferamos castigar que educar, y odiar a querer, porque nosotros, que de todo desconfiamos (de la familia, de la pareja, de las instituciones, de los políticos), en lo único que confiamos es en nuestro odio, creemos que si actuamos a través de él estamos en lo correcto, que nuestra opinión vale por la verdad verdadera y que quien se atreva a cues-

tionar nuestro núcleo de creencias odiadoras es nuestro enemigo y la potencial diana de nuestro desafecto, mientras que quienes las compartan son agregados y próximos, los propincuos en el odio integrado, hasta que alguno de ellos decida contravenir las directrices espurias y ambiguas de la manada y pase a la orilla contraria para ser odiado con furor por los aborrecedores de oficio.

Cuanta energía gastada en odiar como artificio para pertenecer a algo que en el fondo no representa nada, adherirse a un color difuso, portar un gallardete trivial, adscribirse a una pasión transitoria llevándose a otro por delante. El odio que debería ser un sentimiento personal e íntimo, al volverse público y colectivo pierde su potencia afrentosa objetiva, aunque no su poder destructivo que se extiende sin norte pareciéndose a la estupidez, pero más dañino, la estulticia del odio gregario. Por eso nadie ve contradicción alguna en moler a palos a un ladrón que no conocen y no los atacó a ellos y luego comentar con sus compañeros y amigos que el mundo está jodido y que esta ciudad se volvió una mierda por culpa de personas como un ladrón, que dependiendo del grado de xenofobia y odio que posea dirá “negro” o “venezolano” o “miserable”, que esta mañana atracó a una muchacha en la esquina de sus casas. ■